

Con motivo del Centenario.

Una visita a la Exposición Histórica-Naval

COMO si huyéramos del tráfago veraniego hemos entrado en los salones de esta Exposición. Ante la vista de tanta venerable reliquia que nos ha recordado edades de oro, siglos de gloria, momentos de ideales romancescos, un profundo respeto y un recogimiento silencioso ha invadido nuestra alma cual un baño de grata sensación.

Allí, en aquellos lienzos, aquellas banderas, aquellas insignias, trofeos y escudos de toda una epopeya, allí está representada la vida española, y la vida con sus rasgos geniales de esta admirada raza vasca.

Libro de contenido audaz, es el que ante nuestros ojos presenta la citada Exposición. Historia y verdad, espíritu y materia, como en recuerdos imborrables de aquel poema de la edad de hierro de España, penden hoy de los muros que forman el palacio del Instituto Provincial.

Ir detallando aquel aire de andar caballeresco de nuestros genios y de nuestros hombres inmortales; ir escudriñando el formidable pensamiento de los marinos vascos ante cuyos misterios se convierten en mito las proezas más temerarias y las actitudes más inquietas, sería labor imposible de detallar en estas páginas.

Pero quienes amen la fisonomía histórica de sus pueblos y de sus razas; quienes saliéndose del prosaico y vulgar olvido de las cosas, hayan aprendido a saborear la vida y el ideal de lo pretérito; los latidos del alma, la pasión, la fuerza, las cualidades heroicas de nuestros ante-

pasados, con todas sus grandezas y debilidades, sus codicias y sus amores; sus rebeldías y virtudes; en una palabra, quienes amen el sentido de la historia y el sentido de la raza, deben también dedicar unos momentos al estudio de la Exposición de marinos vascos.

Vamos recorriendo la severa estancia donde la labor ímproba y el buen gusto han improvisado todo un mundo de joyas venerables; todo un conjunto que hace adivinar la majestad de aquellos objetos.

Vemos a Urdaneta, al estupendo Urdaneta, descubridor de las islas Filipinas; nombre cuya historia, llegando a lo inverosímil por su misma grandeza, aun yace casi ignorado por sus hermanos.

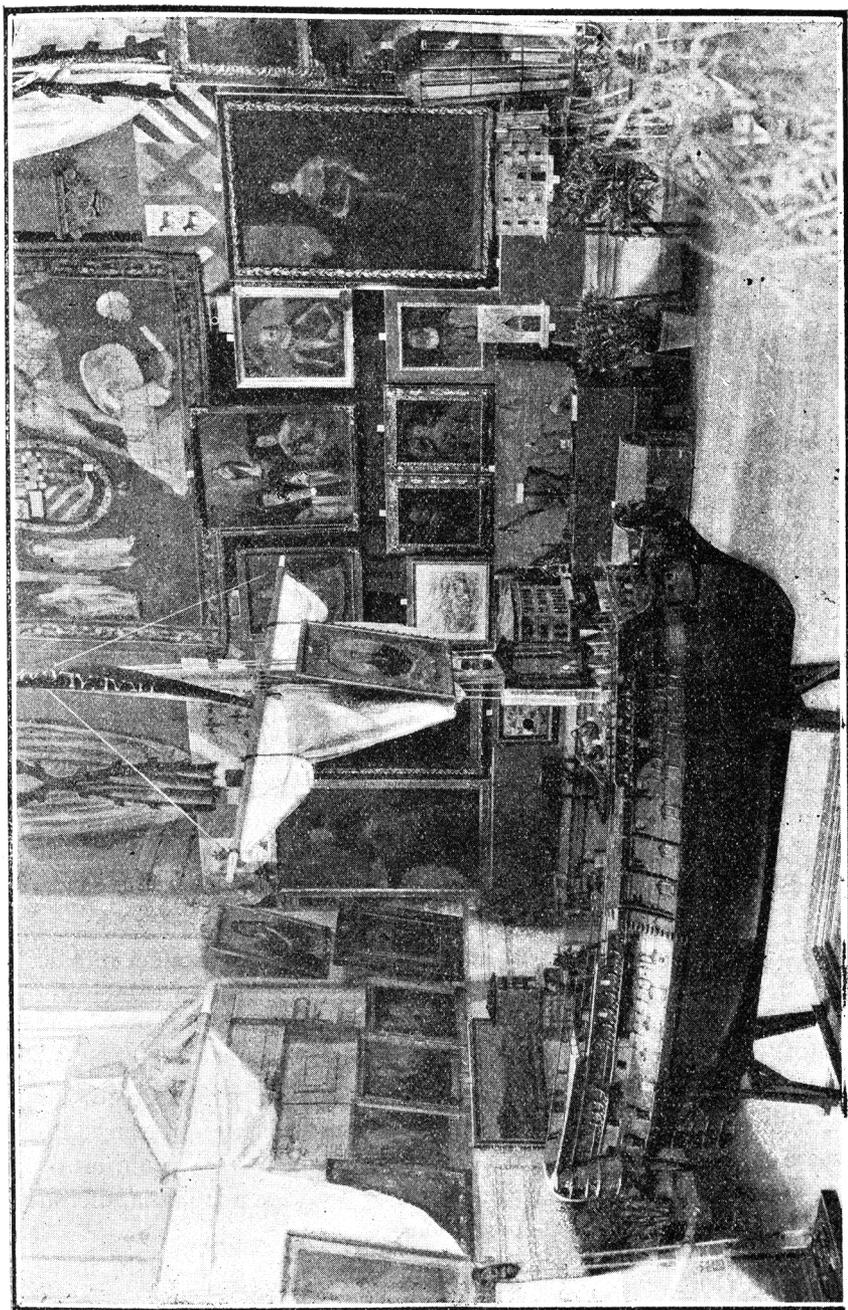
Urdaneta, grande en todo, su hábito de religioso no fué obstáculo para el desarrollo de aquellos bríos suyos de descubridor, conquistador y político. Parece cuando le vemos en el lienzo austero de la Exposición marítima, que aquel porte suyo, aquella serenidad de su mirada, aquella fijeza de su semblante, guarda para siempre las sombras y los reflejos, de los artífices, monjes y caballeros que, dando nombre y gloria a la nación hispana, glorifican también a su raza.

Muy cerca de Urdaneta, está Elcano; muy cerca de él también, Legazpi. Lienzos, bustos, retratos y blasones, orlan y entrelazan ese tríptico insigne, impregnado de hechos maravillosos, cuajado de aventuras, y como brotando de sus pomposas vestimentas, aromas inextinguibles de aquellos siglos sagrados de luz y esplendor.

Solamente el conocimiento de la verdadera historia de estos tres hombres fatalmente insignes: Urdaneta, conquistando Filipinas; Elcano, dando por primera vez la vuelta al mundo, y Legazpi, símbolo del más sagaz de los políticos, son causa suficiente para llenar toda una Exposición, con interés, con arte, con enseñanzas que debemos todos aprender.

¡Qué no será esa Exposición actual, cuando al lado de aquellos preclaros varones, continúa una ilación armónica y bella de las más salientes figuras marítimas de la Historia española y de la Historia guipuzcoana!

Contemplad la ilustre dinastía de los Oquendo, la vida insigne de D. Antonio, su valor, su intrepidez, su arrojo. Y después de haber meditado durante unos minutos solamente ante los lienzos y los bustos, de aquellos géneos antes citados, compenetrándoos de lo que sus vidas os dicen, distraed vuestra imaginación con ese riquísimo museo que de los Oquendo os exponen y llamad al momento a vuestro corazón con



EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NAVAL. — SALA DE ALMIRANTES

gritos y con voces, que serán gritos y voces de la patria olvidada, de sus hijos olvidados, de sus genios, sin estudiar.

Tapices y farolas; cuchas y retratos; armas y relojes; colores y banderas; buques e insignias; crucifijos y castillos; recuerdos, en fin, de una patria epopéyica y gloriosa, serán otras tantas huellas imborrables que su vista dejará en vuestro corazón. El espectáculo de la Exposición, es bien merecedor a que se contemple y se medite.

Ante aquellos descubridores de mundos; ante aquellos conquistadores de todo un imperio y defensores invencibles de una bandera, el visitante descubierto y atónito, sentirá vibrar en su alma el escalofrío de lo grande. Y tras de esas primeras figuras de la Historia, a quienes acompañan los objetos y las cosas que secundaron la obra de sus hazañas, representados están en bustos y retratos, también figuras tan sobresalientes como Domingo de Zabala, heroico capitán en Lepanto, salvador de la vida del lugarteniente de D. Juan de Austria; José Joaquín Ferrer, eminente astrónomo de reputación europea y una de las figuras más salientes que Guipúzcoa ha producido durante los siglos XVII y XVIII; Ignacio Álava, héroe de Trafalgar, luchador valiente durante el patriótico levantamiento del 2 de Mayo, y hombre que rechazó las ofertas ventajosísimas que le ofreciera José Bonaparte; Martín de la Rentería, el primero que con el ilustre Juan de Lazcano, puso en práctica la protección de los cascos de las naves; Íñiguez de Carquizano, carácter de tanto valer que, envenenado por los lusitanos, Urdaneta, al ocuparse de él después de su muerte, dijo: «Dios sabe cuánta falta nos hizo por ser hombre muy hábil y valeroso, y muy temido, así de los cristianos, como de los indios». Acudió a la expedición de Maluco en 1525, precisamente con los Urdaneta, Cano, Areizaga, Gorostiaga, Lorriaga y otros marinos vascos; Martín Orbea, a quien la villa de Eibar, en la Junta general de Villafranca del mes de Abril de 1619, le propuso para capitán de mar y guerra en la escuadra que construía la provincia,

Y después de todos estos, por no hacer interminable la lista, están los Areizaga, los Soroa, los Echeverry, los Moyua y Mazarredo, los Magallanes, los Echagüe, los Aramburu, los Arbelaiz, los Irraraga, los Ossoro y Landaverde, los Hidalgo de Cisneros, y otra multitud de egregios barones que con sus memorables servicios a la patria, dieron luz y gloria a las sucesivas generaciones.

Al lado de esos hombres, con arte y con buen sentido están inge-

niosamente construidas las siluetas de las moradas solariegas donde sus cunas se mecieron y a cuya vista muy pronto se adivina el arte y esplendor de aquellas fábricas suntuosas.

En resumen; y ya que hemos de limitarnos, tenemos necesariamente que felicitar efusiva y cariñosamente a los organizadores de la Exposición. Tiene ésta, la característica de todo este género de alardes históricos bien organizados. Unidad, claridad, orden y gusto. Pero como este otro punto exige cierto detenimiento, lo dejaremos para un próximo artículo si el espacio que necesitamos no nos lo priva la actualidad estival de fiestas y esplendidez veraniegas.

Abandonamos la Exposición bajo el recuerdo y la veneración que debemos a aquellos tiempos pasados de la vida española y la vida vascongada, después de haber estrechado las manos de los Sres. Marqués de Seoane, Camio y Morentín, incansables organizadores de la Exposición Histórico-Naval.

ADRIÁN DE LOYARTE

